

Robert Graves

Los mitos griegos, 2

Traducción de Esther Gómez Parro



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Greek Myths, Volume 2*

Primera edición: 1985

Cuarta edición: 2011

Octava reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Kouros. Museo Arqueológico Nacional. Atenas.

© Getty Images

Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright by The Trustees of the Robert Graves Copyright Trust

© de la traducción: Esther Gómez Parro, 2001

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2022

© Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-4349-6 (Tomo 2)

ISBN: 978-84-206-4350-2 (O. C.)

Depósito legal: B. 1.466-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 105. Edipo
21 106. Los siete contra Tebas
30 107. Los Epígonos
35 108. Tántalo
45 109. Pélope y Enómao
57 110. Los hijos de Pélope
62 111. Atreo y Tiestes
73 112. Agamenón y Clitemnestra
81 113. La venganza de Orestes
92 114. El juicio de Orestes
103 115. La pacificación de las Erinias
107 116. Ifigenia en Táuride
111 117. El reinado de Orestes
123 118. El nacimiento de Heracles
132 119. La juventud de Heracles
140 120. Las hijas de Tespio
142 121. Ergino
147 122. La locura de Heracles
152 123. Primer trabajo: El león de Nemea
158 124. Segundo trabajo: La hidra de Lerna
162 125. Tercer trabajo: La cierva de Cerinia
165 126. Cuarto trabajo: El jabalí de Erimanto
170 127. Quinto trabajo: Los establos de Augías
175 128. Sexto trabajo: Las aves estinfálidas

- 178 129. Séptimo trabajo: El toro de Creta
180 130. Octavo trabajo: Las yeguas de Diomedes
182 131. Noveno trabajo: El cinturón de Hipólita
195 132. Décimo trabajo: Los bueyes de Geriónes
213 133. Undécimo trabajo: Las manzanas de las
Hespérides
225 134. Duodécimo trabajo: La captura de Cerbero
234 135. El asesinato de Ífito
240 136. Ónfale
249 137. Hesíone
259 138. La conquista de Élide
269 139. La toma de Pilos
273 140. Los hijos de Hipocoonte
276 141. Auge
282 142. Deyanira
289 143. Heracles en Traquias
294 144. Yole
296 145. La apoteosis de Heracles
306 146. Los hijos de Heracles
313 147. Lino
318 148. La asamblea de los argonautas
330 149. Las mujeres lemnias y el rey Cícico
336 150. Hilas, Ámico y Fineo
344 151. Desde las Simplégadas hasta Cólquide
350 152. La toma del vellocino
356 153. El asesinato de Apsirto
361 154. El *Argo* vuelve a Grecia
370 155. La muerte de Pelias
375 156. Medea en Éfira
379 157. Medea en el destierro
382 158. La fundación de Troya
396 159. Paris y Helena

Índice

- 410 160. La primera reunión en Áulide
428 161. La segunda reunión en Áulide
436 162. Nueve años de guerra
451 163. La ira de Aquiles
463 164. La muerte de Aquiles
476 165. La locura de Áyax
482 166. Los oráculos de Troya
489 167. El caballo de madera
497 168. El saqueo de Troya
512 169. Los regresos
524 170. Los viajes de Odiseo
547 171. El regreso de Odiseo al hogar
- 559 Índice onomástico
- 602 Mapa de Grecia

105. Edipo

a. Layo, hijo de Lábdaco, se casó con Yocasta y gobernó en Tebas. Afligido por no haber tenido descendencia durante mucho tiempo, consultó en secreto con el Oráculo de Delfos, el cual le informó de que esa aparente desgracia era en realidad una bendición, porque cualquier hijo que naciera de Yocasta sería con el tiempo su asesino. En consecuencia repudió a Yocasta, aunque sin darle explicación alguna por su decisión, lo que la ofendió de tal modo que, después de emborracharlo, consiguió que volviera a sus brazos en cuanto cayó la noche. Cuando nueve meses después Yocasta dio a luz un hijo, Layo lo arrancó de los brazos de la nodriza, le taladró los pies con un clavo, se los ató el uno al otro y lo dejó abandonado en el monte Citerón.

b. Pero las Parcas habían decidido que ese niño llegara a una vejez lozana. Un pastor corintio lo encontró, le llamó Edipo porque sus pies estaban deformados por las heridas

hechas con el clavo, y lo llevó a Corinto, donde el rey Pólipo reinaba en aquel momento¹.

c. Según otra versión de la historia, Layo no abandonó a Edipo en el monte, sino que lo encerró en un arcón que fue arrojado al mar desde un barco. El arcón flotó a la deriva y llegó a la costa de Sición, en cuya playa casualmente estaba Peribea, reina y esposa de Pólipo, supervisando el trabajo de las lavanderas de la casa real. Recogió a Edipo, se retiró a unos matorrales y fingió sentirse asaltada de repente por los dolores del parto. Como las lavanderas estaban demasiado ocupadas para observar lo que estaba pasando, las engañó a todas haciéndoles creer que acababa de dar a luz a aquel niño. Pero le dijo la verdad a Pólipo, quien, como tampoco tenía descendencia, tuvo la satisfacción de criar a Edipo como si fuera su propio hijo.

Un día, habiéndose burlado de él un joven corintio diciéndole que no se parecía lo más mínimo a sus supuestos padres, Edipo fue a preguntar al Oráculo de Delfos qué le tenía reservado el futuro. «¡Aléjate del altar, desdichado!» –le gritó la pitonisa con desprecio–. «¡Matarás a tu padre y te casarás con tu madre!»

d. Como Edipo amaba a Pólipo y Peribea y no deseaba traerles ninguna desgracia, decidió inmediatamente no volver a Corinto nunca más. Pero dio la casualidad de que en el estrecho desfiladero que corre entre Delfos y Dáulide se encontró con Layo, quien le ordenó bruscamente que se apartase del camino y dejara pasar a sus superiores. Hay que aclarar que Layo iba en carro y Edipo a pie. Edipo replicó que no reconocía más superiores que los dioses y sus propios padres.

1. Apolodoro: iii.5.7.

–¡Tanto peor para ti! –gritó Layo, y ordenó a su cochero Polifontes que prosiguiera.

Una de las ruedas magulló el pie de Edipo, quien, impulsado por la ira, mató a Polifontes con la lanza. Luego derribó a Layo de tal forma que quedó enredado entre las riendas, y, fustigando a los caballos, hizo que éstos lo arrastraran hasta morir. El rey de Plateas tuvo que enterrar ambos cadáveres².

e. Layo se estaba dirigiendo al Oráculo para preguntarle cómo podía librar a Tebas de la Esfinge. Este monstruo era hija de Tifón y Equidna, o, según algunos, del perro Ortro y la Quimera, y había volado hasta Tebas desde la parte más distante de Etiopía. Se la podía reconocer fácilmente porque tenía cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de serpiente y alas de águila³. Hera había enviado hacía poco tiempo a la Esfinge para castigar a la ciudad de Tebas porque Layo había raptado en Pisa a un muchacho llamado Crisipo. La Esfinge se había instalado en el monte Ficio, cerca de la ciudad, y a cada viajero tebano que pasaba por allí le planteaba un enigma que le habían enseñado las Tres Musas: «¿Qué ser, con sólo una voz, tiene a veces dos pies, a veces tres, otras veces cuatro y es más débil cuantos más pies tiene?». A los que no eran capaces de resolver el enigma los estrangulaba y devoraba en el acto, y entre esos infortunados estuvo Hemón, el sobrino de Yocasta, a quien la Esfinge verdaderamente convirtió en *haimon*, o «sangriento».

Edipo, que se acercaba a Tebas al poco de haber matado a Layo, adivinó la respuesta: «El hombre», contestó,

2. Higino: *Fábula* 66; escoliasta sobre *Las fenicias* de Eurípides 13 y 26; Apolodoro: *loc. cit.*; Pausanias: x.5.2.

3. Apolodoro: iii.5.8; Hesiodo: *Teogonía* 326; Sófocles: *Edipo el tirano* 391; escoliasta sobre *Las ranas* de Aristófanes 1287.

«porque se arrastra a gatas cuando es niño, se mantiene firmemente en sus dos pies en la juventud, y se apoya en un bastón en la vejez». La Esfinge, mortificada, saltó desde el monte Ficio y quedó destrozada en el valle de abajo. En vista de esto los agradecidos tebanos aclamaron a Edipo como rey, y él se casó con Yocasta ignorando que era su madre.

f. Entonces una peste invadió Tebas y, cuando una vez más fue a consultar al Oráculo de Delfos, le contestó: «¡Expulsad al asesino de Layo!». Edipo, que no sabía con quién se había encontrado en el desfiladero, maldijo al asesino de Layo y lo condenó al destierro.

g. El ciego Tiresias, el adivino más famoso de Grecia en esa época, solicitó una audiencia con Edipo. Algunos dicen que Atenea, que lo había cegado porque inadvertidamente la había visto bañándose, se conmovió por la súplica de su madre y, tomando a la serpiente Erictonio de su égida, le ordenó: «Limpia los oídos de Tiresias con tu lengua para que pueda entender el lenguaje de las aves proféticas».

h. Otros dicen que una vez, en el monte Cilene, Tiresias había visto dos serpientes mientras copulaban. Cuando ambas lo atacaron, las golpeó con su bastón y mató a la hembra. Inmediatamente Tiresias fue transformado en una mujer y llegó a ser una célebre ramera; pero siete años después acertó a ver el mismo espectáculo y en el mismo lugar, y esta vez recuperó su virilidad matando a la serpiente macho. Otros dicen incluso que cuando Afrodita y las tres Cárites, Pasítea, Calé y Eufrosine, discutían sobre cuál de ellas era la más bella, Tiresias otorgó el premio a Calé, por lo que Afrodita la convirtió al instante en una anciana. Pero Calé lo llevó consigo a Creta y le regaló una hermosa cabellera. Unos días después Hera empezó a hacer reproches a Zeus por sus numerosas infidelidades. Él se defendió alegando que, de todos modos,

cuando compartía su lecho, era ella quien más disfrutaba, y con mucha diferencia. «Las mujeres, por supuesto, gozan con el acto sexual infinitamente más que los hombres», le dijo él fanfarroneando.

–¡Qué tontería! –replicó Hera–. Es justamente al revés, y de sobra lo sabes.

Tiresias, llamado para hacer de árbitro en la disputa por su experiencia personal, contestó:

–Si en diez partes divides del amor el placer, / una parte va a los hombres, y nueve a la mujer.

La sonrisa triunfante de Zeus exasperó de tal modo a Hera que dejó ciego a Tiresias, pero Zeus le compensó con la visión interior y una vida que habría de durar siete generaciones⁴.

i. Entonces Tiresias se presentó en la corte de Edipo apoyándose en el bastón de madera de cornejo que le había dado Atenea, y reveló a Edipo la voluntad de los dioses: que la peste cesaría solamente si un Hombre Sembrado moría en beneficio de la ciudad. El padre de Yocasta, Meneceo, uno de los que habían brotado de la tierra cuando Cadmo sembró los dientes de la serpiente, se arrojó inmediatamente de las murallas, y toda Tebas elogió su abnegación cívica.

Tiresias anunció luego:

–Meneceo ha obrado bien y la peste cesará, pero los dioses tienen en consideración a otro de los Hombres Sembrados, uno de la tercera generación, pues ha matado a su padre y se ha casado con su madre. ¡Sabad, reina Yocasta, que ese hombre es tu marido Edipo!

j. Al principio nadie quiso creer a Tiresias, pero pronto sus palabras quedaron confirmadas por una carta de Peribea

4. Apolodoro: iii.6.7; Higino: *Fábula* 75; Ovidio: *Metamorfosis* iii.320; Píndaro: *Odas nemeas* i.91; Tzetzes: *Sobre Licofrón* 682; Sosóstrato, citado por Eustacio: p. 1665.

desde Corinto. En ella decía que la súbita muerte del rey Pólibo le permitía ahora revelar las circunstancias de la adopción de Edipo, y lo hacía con detalles irrefutables. Yocasta se ahorcó de vergüenza y de pena y Edipo se cegó con un alfiler que tomó de los vestidos de ella⁵.

k. Algunos dicen que, aunque atormentado por las Erinias, que le acusaban de haber causado la muerte de su madre, Edipo siguió reinando en Tebas durante un tiempo, hasta que murió en una batalla⁶. Sin embargo, según otros, Creonte, el hermano de Yocasta, le expulsó, pero no sin antes maldecir a Eteocles y Polinices –que eran al mismo tiempo hijos y hermanos suyos– por haberse permitido la insolencia de enviarle la parte trasera de un animal sacrificado en vez del cuarto delantero, como correspondía al rey. Así pues, sin derramar una sola lágrima, todos vieron cómo abandonaba la ciudad que él mismo había librado del poder de la Esfinge. Después de vagar durante muchos años de un país a otro guiado por su fiel hija Antígona, Edipo llegó por fin a Colono, en el Ática, donde las Erinias, que tienen allí un bosquecillo, le persiguieron hasta matarlo, y Teseo enterró su cuerpo en el recinto de los Solemnes de Atenas, llorando al lado de Antígona⁷.

1. La fábula de Layo, Yocasta y Edipo ha sido deducida de una serie de iconos sagrados cuyo significado se ha trastocado deliberadamente. Se ha perdido un mito que explicaría el nombre de Lábdaco («ayuda con antorchas»), pero puede referirse a la llegada a la luz de las antorchas de un Niño Divino, llevado por vaqueros o pastores en la ceremonia del Año Nuevo, y

5. Apolodoro: iii.5.8; Sófocles: *Edipo el tirano* 447, 713, 731, 774, 1285, etc.

6. Homero: *Odisea* xi.270 e *Ilíada* xxiii.679.

7. Sófocles: *Edipo en Colono* 166 y escoliasta sobre 1375; Eurípides: *Las fenicias*, *Proemio*; Apolodoro: iii.5.9; Apolonio: *Fábula* 67; Pausanias: i.20.7.

aclamado como hijo de la diosa Brimo («rabiosa»). Este *eleusis*, o advenimiento, era el acontecimiento más importante de los Misterios Eleusinos, y quizá también de los Ístmicos (véase 70.5), lo que explicaría el mito de la llegada de Edipo a la corte de Corinto. Los pastores adoptaban o rendían homenaje a otros muchos príncipes, infantes legendarios o semilegendarios, tales como Hipótoo (véase 49.a), Pelias (véase 68.d), Anfión (véase 76.a), Egisto (véase 111.i), Moisés, Rómulo y Ciro, todos los cuales fueron abandonados en una montaña o al arbitrio de las olas en un arca, o a veces ambas cosas. A Moisés lo encontró la hija del Faraón cuando bajó al río con sus damas. Es posible que *Oedipus*, «pie hinchado», fuera originalmente *Oedipais*, «hijo del mar agitado», que es el significado del nombre dado al héroe galés correspondiente, Dylan; y también es posible que la perforación de los pies de Edipo con un clavo pertenezca al final y no al comienzo de su historia, como en el mito de Talos (véanse 92.m y 154.b).

2. El asesinato de Layo representa la muerte ritual del rey solar a manos de su sucesor: derribado de un carro y arrastrado por los caballos (véase 71.1) al concluir su primer año de reinado.

3. La anécdota de la Esfinge se ha deducido, evidentemente, de un icono en el que aparecía la diosa Luna alada de Tebas, cuyo cuerpo compuesto representa las dos partes del año tebano –el león en la parte creciente y la serpiente en la parte menguante– y a quien el nuevo rey ofrece sus oraciones antes de casarse con su sacerdotisa, la Reina. Parece también que el enigma que la Esfinge aprendió de las Musas ha sido inventado para explicar una ilustración de un infante, un guerrero y un anciano, los tres adorando a la triple diosa, si bien cada uno de ellos rinde homenaje a una persona diferente de la tríada. Pero la Esfinge, vencida por Edipo, se mató, y lo mismo hizo su sacerdotisa Yocasta. ¿Acaso fue Edipo un invasor de Tebas

en el siglo XIII que suprimió el antiguo culto minoico de la diosa y reformó el calendario? Bajo el viejo sistema el nuevo rey, aunque extranjero, había sido, al menos teóricamente, un hijo del rey viejo al que mató y con cuya viuda se casó, costumbre que los invasores patriarcales interpretaron como parricidio e incesto. La teoría freudiana de que el «complejo de Edipo» es un instinto común a todos los varones fue originada por esta anécdota corrompida, y aunque Plutarco dice (*Sobre Isis y Osiris* 32) que el hipopótamo «asesinaba a su padre y violaba a su madre», nunca se le habría ocurrido sugerir que todos los hombres tienen complejo de hipopótamo.

4. Aunque los patriotas tebanos, poco dispuestos a admitir que Edipo era un extranjero que tomó su ciudad por asalto, prefirieron hacer de él el heredero que perdió el reino, la verdad es puesta de manifiesto por la muerte de Meneceo, miembro de la raza prehelena que celebraba el festival de las Pelorias en memoria del demiurgo Ofión, de cuyos dientes proclamaban haber nacido. Se lanzó a la muerte con la esperanza desesperada de aplacar a la diosa, como hizo Meto Curcio cuando se abrió una sima en el Foro romano (Livio: vii.6), y el mismo sacrificio se ofreció durante la guerra de los «Siete contra Tebas» (véase 106.j). Sin embargo, murió en vano; de otro modo la Esfinge y su suma sacerdotisa no se habrían visto obligadas a suicidarse. La fábula de la muerte de Yocasta por ahorcamiento es probablemente un error; se dice que la Helena del culto del olivo, lo mismo que la Erígone y la Ariadna del culto del vino, murieron del mismo modo, quizá para dar una explicación a las figurillas de la diosa Luna que colgaban de las ramas de los árboles en los huertos como talismán de la fertilidad (véanse 79.2; 88.10 y 98.5). En Tebas se utilizaban figurillas parecidas, y cuando Yocasta se suicidó sin duda se tiró desde una roca, tal como hizo la Esfinge.

5. La aparición de «Tiresias» –un título común entre los adivinos– en toda la historia legendaria de Grecia indicaba que Zeus

le había concedido una vida notablemente larga. En el sur de la India aún se considera signo de mala suerte ver serpientes copulando, según la teoría de que el testigo será castigado con la «enfermedad femenina» (como la llama Herodoto), a saber, la homosexualidad; aquí el fabulista griego ha llevado la fábula un paso más allá para provocar la burla contra las mujeres. El cornejo, árbol adivinatorio consagrado a Crono (véanse 52.3 y 170.5), simbolizaba el cuarto mes, el del equinoccio de primavera. Roma fue fundada en esa estación, en el punto exacto donde fue a caer en tierra la jabalina de madera de cornejo lanzada por Rómulo. Hesíodo convirtió a las dos Cárites tradicionales en tres (véase 13.3), llamándolas Eufrosine, Aglaye y Talía (*Teogonía* 945). El relato de Sosótrato sobre la disputa por la belleza tiene poco sentido, porque *Pasithea Cale Euphrosyne*, «la Diosa de la Alegría que es bella a los ojos de todos», parece haber sido el título de la propia Afrodita. Puede que el autor lo tomara prestado del Juicio de Paris (véanse 159.i y 3).

6. Se han conservado dos relatos incompatibles sobre la muerte de Edipo. Según Homero, murió gloriosamente en el campo de batalla. Según Apolodoro e Higino, fue desterrado por el hermano de Yocasta, un miembro de la casa real cadmea, y quedó vagando como un mendigo ciego por las ciudades de Grecia hasta que llegó a Colono, en el Ática, donde las Furias lo persiguieron hasta matarlo. El que Edipo se cegara a sí mismo por remordimiento ha sido interpretado por los psicólogos como castración, y aunque los gramáticos griegos dijeron que la ceguera de Fénix, el preceptor de Aquiles (véase 160.l), era un eufemismo para la impotencia, lo cierto es que el mito primitivo es siempre directo y categórico, y la castración de Urano y Atis siguió siendo mencionada sin ninguna vergüenza en los libros de texto de la época clásica. Así pues, la ceguera de Edipo parece más una invención teatral que un mito original. Las Furias eran personificaciones de la conciencia, pero de la conciencia en un

sentido muy limitado: la que es despertada tan sólo por la violación de un tabú materno.

7. Según la fábula no homérica, Edipo desafió a la diosa de la ciudad y fue castigado con el destierro, muriendo finalmente víctima de sus propios temores supersticiosos. Es probable que sus innovaciones fuesen repudiadas por un grupo de tebanos conservadores, y ciertamente la renuencia de sus hijos y hermanos a concederle el cuarto delantero de la víctima sacrificada equivalía a negarle su autoridad divina. La espaldilla era el emolumento sacerdotal en Jerusalén (Levítico vii.32 y xi.21, etc.) y Tántalo ofreció una a la diosa Deméter en un famoso banquete de los dioses (véase 108.c). Entre los akan la paletilla derecha se sigue reservando para el gobernante.

¿Intentó Edipo, como Sísifo, sustituir las leyes de sucesión matrilineales por las patrilineales, siendo por ello desterrado por sus súbditos? Parece probable. Teseo de Atenas, otro revolucionario patriarcal del Istmo, que destruyó el antiguo clan ateniense de los Palántidas (véase 99.a), es asociado por los dramaturgos atenienses con el entierro de Edipo, y también fue desterrado al final de su reinado (véase 104.f).

8. Tiresias figura aquí dramáticamente como el profeta de la deshonra final de Edipo, pero, tal como se ha conservado la fábula, parece que ésta ha sido invertida. Puede que en un tiempo dijera algo así:

Edipo de Corinto conquistó Tebas y se convirtió en rey casándose con Yocasta, una sacerdotisa de Hera. Luego anunció que en adelante el reinado pasaría de padres a hijos varones siguiendo la línea masculina, que es una costumbre corintia, en vez de seguir siendo el don de Hera la Estranguladora. Edipo confesó que él mismo se sentía desgraciado por haber dejado que los caballos del carro arrastraran y dieran muerte a Layo, considerado su padre, y por haberse casado

con Yocasta, quien le había hecho rey mediante una ceremonia de renacimiento. Pero cuando trató de cambiar estas costumbres, Yocasta se suicidó en señal de protesta y Tebas fue víctima de una plaga. Por consejo de un oráculo, los tebanos entonces negaron a Edipo la paletilla sagrada y le desterraron. Murió en un intento fallido de reconquistar su trono mediante la guerra.

106. Los siete contra Tebas

a. Tantos príncipes visitaron Argos con la esperanza de casarse con Egialea o Deípile, las hijas del rey Adrasto, que, temiendo crearse enemigos poderosos si escogía a dos de ellos como yernos, el rey consultó con el Oráculo de Delfos. La respuesta de Apolo fue: «Unce a un carro de dos ruedas el jabalí y el león que luchan en tu palacio».

b. Entre los menos afortunados de estos pretendientes se hallaban Polinices y Tideo. Polinices y su mellizo Eteocles habían sido elegidos co-reyes de Tebas tras el destierro de Edipo, su padre. Convinieron en reinar en años alternos, pero Eteocles, a quien le tocó el primer plazo, no quiso ceder el trono al final del año, alegando la mala disposición demostrada por Polinices, y lo desterró de la ciudad. Tideo, hijo de Eneo de Calidón, había matado a su hermano Melanipo en una cacería, y aunque él decía que fue un accidente, se había profetizado que Melanipo le mataría; por eso los calidónicos sospechaban que había intentado evitar su destino y lo desterraron a él también.

c. Ahora bien, el emblema de Tebas es un león, y el de Calidón un jabalí, y los dos pretendientes fugitivos mostraban esas figuras en sus escudos. Esa noche, en el palacio de

Adrasto, comenzaron a discutir sobre las riquezas y las glorias de sus respectivas ciudades, y habría corrido la sangre si Adrasto no los hubiera separado y reconciliado. Luego, teniendo en cuenta la profecía, casó a Egialea con Polinices y a Deípila con Tideo, con la promesa de devolver sus reinos a ambos príncipes. Pero también dijo que primeramente marcharía contra Tebas, que estaba más cerca¹.

d. Adrasto reunió a sus jefes argivos: Capaneo, Hipomedonte, su cuñado Anfiarao el vidente, y su aliado arcadio Partenopeo, hijo de Meleagro y Atalanta, y les pidió que se armaran y partieran hacia el este. De estos grandes guerreros sólo uno era reticente a obedecer: Anfiarao, quien, previendo que todos ellos, excepto Adrasto, morirían en la lucha contra Tebas, al principio se negó a ir.

e. Sucedió que Adrasto había discutido anteriormente con Anfiarao por los asuntos de estado argivos y los dos hombres, enfurecidos, habían podido matarse mutuamente de no ser por Erifile, la hermana de Adrasto, que estaba casada con Anfiarao. Tomando su rueca, se interpuso entre ellos, les quitó las espadas a golpes y les hizo jurar que siempre acatarían su veredicto en cualquier disputa futura. Informado de este juramento, Tideo llamó a Polinices y le dijo: «Erifile teme estar perdiendo su belleza; ahora bien, si tú le ofreces el collar mágico que fue el regalo de boda de Afrodita a tu antepasada Harmonía, la esposa de Cadmo, pronto zanjaría la disputa entre Anfiarao y Adrasto obligándole a venir con nosotros».

f. Esto se hizo discretamente y partió la expedición encabezada por los siete paladines: Polinices, Tideo y los cinco

1. Higino: *Fábula* 69; Eurípides: *Las fenicias* 408 y ss., con escoliasta sobre 409; *Suplicantes* 132 y ss.; Apolodoro: iii.6.1.

argivos². Pero algunos dicen que Polinices no se encontraba entre los siete, y agregan el nombre del argivo Eteoclo, hijo de Ifis³.

g. En el camino llegaron a Nemea, donde reinaba Licurgo. Cuando pidieron permiso para que sus tropas pudieran beber en su región, Licurgo se lo dio y su sierva Hipsípila los condujo al manantial más próximo. En realidad Hipsípila era una princesa lemnea, pero cuando las mujeres de Lemnos juraron matar a todos sus hombres en venganza por el daño que les habían infligido, ella salvó la vida de su padre Toante, por lo que la vendieron inmediatamente como esclava, y allí estaba, sirviendo como niñera de Ofeltes, el hijo de Licurgo. Dejó al niño un momento mientras guiaba al ejército argivo al manantial, y en ese momento una serpiente se enroscó alrededor de los miembros de la criatura y lo mordió de muerte. Adrasto y sus soldados volvieron del manantial demasiado tarde, y lo único que pudieron hacer fue matar a la serpiente y enterrar al niño.

b. Cuando Anfiarao les advirtió que ésa era una señal de mal agüero, ellos instituyeron los Juegos Nemeos en honor del niño, llamándole Arquemoro, que significa «el iniciador de la fatalidad»; y cada uno de los paladines tuvo la satisfacción de ganar una de las siete pruebas. Los jueces de los Juegos Nemeos, que se celebran cada cuatro años, llevan desde entonces túnicas negras en señal de luto por Ofeltes, y la corona del vencedor está tejida con perejil de la mala fortuna⁴.

2. Esquilo: *Los siete contra Tebas* 375 y ss.; Homero: *Odisea* xi.326 y ss. y xv.247; Sófocles: *Electra* 836 y ss. y fragmentos de *Erifila*; Higino: *Fábulas* 73; Pausanias: v.17.7 y ss. y ix.41.2; Diodoro Sículo: iv.65.5 y ss.; Apolodoro: iii.6.2-3.

3. Esquilo: *Los siete contra Tebas* 458 y ss.; Sófocles: *Edipo en Colono* 1316; Pausanias: x.10.3.

4. Apolodoro: i.9.17 y iii.6.4; Higino: *Fábulas* 74 y 273; escoliasta sobre el *Argumento* de las *Odas nemeas* de Píndaro.

i. Cuando llegaron a Citerón, Adrasto envió a Tideo como heraldo para que exigiese a los tebanos que Eteocles abdicase en favor de Polinices. Como se negaron, Tideo desafió a sus jefes a combatir uno a uno, y salió ganador de todos los encuentros; pronto no hubo ya más tebanos que se atreviesen a presentarse. Entonces los argivos se acercaron a las murallas y cada uno de los paladines se apostó delante de una de las siete puertas de la ciudad.

j. El adivino Tiresias, a quien consultó Eteocles, profetizó que los tebanos obtendrían la victoria sólo si un príncipe de la casa real se ofrecía voluntariamente para ser sacrificado a Ares; pronto Meneceo, el hijo de Creonte, se dio muerte delante de las puertas, tal como su homónimo y su abuelo se habían arrojado de cabeza desde las murallas en una ocasión anterior. La profecía de Tiresias se cumplió: los tebanos fueron realmente derrotados en una escaramuza y se retiraron a la ciudad, pero tan pronto como Capaneo apoyó una escala en la muralla y comenzó a subir por ella, Zeus lo mató con su rayo. Al ver eso los tebanos se envalentonaron, hicieron una salida furiosa y mataron a otros tres de los siete paladines; y uno de ellos, que por casualidad se llamaba también Melanipo, hirió a Tideo en el vientre. Atenea sentía afecto por Tideo y, compadeciéndose de él cuando yacía medio muerto, se apresuró a pedir a su padre Zeus un elixir infalible que muy pronto le haría ponerse de nuevo en pie. Pero Anfiarao odiaba a Tideo porque había obligado a los argivos a marchar y, como era perspicaz, corrió adonde estaba Melanipo y le cortó la cabeza. «¡Aquí está tu venganza!», exclamó. «¡Abre el cráneo y trágate sus sesos!». Así lo hizo Tideo, y Atenea, que llegaba en aquel momento con el elixir, lo vertió en el suelo y se alejó asqueada.

k. Sólo Polinices, Anfiarao y Adrasto quedaban de los siete paladines; y Polinices, para evitar más muertes, propuso que se decidiera la sucesión al trono mediante un combate a muerte con Eteocles. Éste aceptó el desafío y en el transcurso de una enconada lucha cada uno de ellos hirió mortalmente al otro. Su tío Creonte tomó entonces el mando del ejército tebano y venció a los desalentados argivos. Anfiarao huyó en su carro por la ribera del río Ismeno, y estaba a punto de ser atravesado por la espalda por un tebano que le perseguía cuando Zeus abrió la tierra con un rayo y Anfiarao desapareció de la vista sin dejar rastro, con carro y todo, y ahora reina vivo entre los muertos. Batón, su auriga, se fue con él⁵.

l. Al ver que todo estaba perdido, Adrasto montó en su caballo alado Arión y escapó. Pero cuando más tarde se enteró de que Creonte no permitía que se enterrara a los enemigos muertos, fue a Atenas como suplicante y convenció a Teseo para que marchara sobre Tebas y castigara la impiedad de Creonte. Teseo tomó la ciudad en un ataque sorpresa, encarceló a Creonte y entregó los cadáveres de los paladines muertos a sus parientes, quienes hicieron una gran pira para quemarlos. Pero Evadne, la esposa de Capaneo, viendo que su marido había sido convertido en héroe por obra del rayo de Zeus, no quiso separarse de él. Como la costumbre exigía que el hombre herido por un rayo fuese enterrado separado del resto, y que su tumba fuese vallada, se arrojó a la pira general y se quemó viva⁶.

5. Esquilo: *Los siete contra Tebas* 375 y ss.; Eurípides: *Las fenicias* 105 y ss. y 1090 y ss.; Diodoro Sículo: iv.65.7-9; Apolodoro: iii.6.8; Higino: *Fábulas* 69 y 70; escoliasta sobre las *Odas nemeas* de Píndaro x.7; Pausanias: ix.18.1; Ovidio: *Ibis* 427 y ss. y 515 y ss.

6. Higino: *Fábula* 273; Apolodoro: *loc. cit.*; Eurípides: *Las suplicantes*; Plutarco: *Teseo* 29; Isócrates: *Panegírico* 54-8; Pausanias: i.39.2.